

**Jorge Enrique Adoum**

**Los cuadernos de la tierra (I)**

## **I.- LOS ORIGENES**

-V-

Mi talismán de barro y el fluvial  
progenitor de donde vengo,  
me circundan ahora, entre  
dulces cilindros y entre herrumbres.  
Si alguien me pregunta  
mi apellido, yo respondo: Hay  
una mujer y un árbol en mi origen,  
una mujer y el rayo. Y pienso  
en ti, lúbrico arco iris, madre  
isla saludable, padre océano  
que estás a mi costado.

Pero, de pronto, la sangre  
me golpea con su animal tendido,  
me empuja, llego a fondo  
y rectifico: Señor, mi geografía  
es un ancho cementerio repetido,  
un mapa vertical. ¡Tambor,  
tambor tocado desde adentro  
por los muertos, campana  
derramada de la sangre! a pura  
zona de sonido caigo, como  
el pez, hacia las reuniones.

Desde abajo mis manos, como de una  
nave hundida o una sepultura, alzan  
huesos de mi propia familia, hilachas  
del natural amor, del orden alterado  
de la pluma. Alguien llega  
cada día aportando banderas a la arena.  
Entonces saludo con un hombre (Padre,  
¿estás ahí?, pregunto), tropiezo  
con su arma capital (Padre, ¿estás?),  
y hallo su cráneo de quiteño antiguo,  
lleno de agua turbia y de semillas,  
como una copa volcada en otro siglo.

¿En dónde está tu piel besada  
por los pétalos del año, dónde  
tu pierna muerta a pura cal?

Aquí estaba Puruhá con su hombre

azul helado; recuerdo orillas: era  
el estero huancavilca, el pequeño redoble  
de la fiebre en el pantano; tal vez  
Puná, su tiburón triunfante  
o su ola de vértice ahogado.

En este mismo sitio espero un día  
sin ceniza, un día en que mi madre  
no presienta que me apuntan por amarte,  
un día en que no me gritaran por mi traje  
y por mi oficio, en que no me persiguieran  
por esta vocación de territorio. Y bajo  
el día estás tú, conquistador sin paga,  
único conquistador y cabecera.

Todo  
te pertenece: el polvo, su zócalo  
de mártires, y esta ira sulfúrica  
que me defiende de la resignación.

¡Para quién, si no para el hijo,  
dejaste en su lugar las cosas necesarias!  
¡Para qué visitante, si no para el hombre  
próximo, dispuesto el aposento, tranquilo  
el río, para él servido lo terrestre!  
Y cuanto encuentro, tú lo estableciste,  
y cada esfuerzo mío, tú lo soportaste,  
y cada aureola del vuelo, sobre ti  
se describe. Ahora puedo calcular,  
resumo, sé cuánto definiendo, digo: Una  
resistencia sin lamento, un solo  
combate sin cesar por lo mío, ése  
es mi principio, así me llamo.

Y tú  
estás mirándome desde tu último  
retrato destrozado, desde tu tierra  
tuya: de esto hace tanto tiempo  
con un muerto dentro, tanta zona  
vestida de heroica primavera.

Y en la arena distingo la voz de tu ceniza,  
y entre la hierba me señalan tus cabellos  
mi destino, y tu antigua voluntad me grita  
en las regiones:

Todo lo heredas  
tú, tú solo, ecuatoriano, hijo  
puntual, pariente establecido  
en el sitio del amor y del esfuerzo.  
En ti pensaba cuando no moría, cuando  
salvé mi hueso del pozo de la fiera.  
Para ti hice esta patria de agrupada

hermosura, mi patria, la nacida  
de estos sufrimientos de que te hablo.

Y de otros sufrimientos que a ti solo,  
solo a ti te estaban destinados.

## II.- EL ENEMIGO Y LA MAÑANA

-III-

"Habituaremos estas mujeres y otras  
tierras".

¿Quién soy,  
he preguntado, de dónde  
me vino este ser guerrero sin derrota,  
este destino de extender la luz  
como una mano mojada de resinas?

¿Quién me entregó las llaves  
de países lejanos, los pasaportes  
orales, la tenaz contraseña de exterminio?

De allí regreso y en la noche  
o la tranquila ancianidad, reviso  
mis fantasma: una cabeza sola, ese  
alarido lleno de tierra y dentadura.  
Ellos son mi único botín de oscuro  
triunfador, mi biografía de gloria  
y de tormento.

Recuerdo lugares como habitaciones  
de costumbre, sin muebles ni húmedos  
retratos; recuerdo una zona áspera, una  
región que desgranamos y en cuyo suelo  
no quedó sino el hueco en donde estuvo  
el hombre, solo la huella del talón  
y la uña, solo vasijas a las que cayó  
arrastrando concubinas el idólatra,  
solo su sangre adelgazada a polvo.

Siempre hubo ese viento de vacío,  
esa despoblación yacente, lo  
desnudo, lo tocado por nosotros  
como por el fin del mundo. Siempre  
el sitio del castigo a donde conducíamos  
nuestra gran provisión de obedientes.

Extranjeros, familia de melancolía  
numerosa, conquistadores  
en silencio: mientras caderas

se nos ofrecían como odres de soberbia,  
a vosotros os tocaba distribuir la silábica  
moneda del idioma, reparar las costumbres  
y los puentes, llorar -a cada uno- por su río  
viejo, por su animal atado a un palo  
antiguo.

Así fuimos poblando  
nuestro país de tristes. ¡Toca  
en hueso, oh hueso puro, toca tu hábito  
caído en lejanía, tu ausencia  
instintiva de sonámbulo! ¡Recuerda  
tu rebaño de montañas, senos  
cruels sin vestido y de caricia  
abandonada! Un año de abundancia  
se avecina y yo celebro tratados  
a base de una baraja de mujeres  
como ídolos en préstamo. ¡Oye  
un año de lluvias sobre el corazón!

A mi manera, también yo sufro de lugares:  
suelo escuchar de pronto el mar, su orilla,  
párpado en delirio, su rumor  
de bestia que a sí sola se enamora,  
su túnica de diosa desmayada  
en las medallas mismas de su carne.  
Perplejo  
recogí su caracol atento y respeté  
su inofensivo ídolo de escamas. Como  
un resucitado, reconocí al punto sus maderas  
llenas de vacío, y recordaba historias  
y dialectos cuyo ruido fue el botín  
oral de la victoria.  
"¿Me enseñarás,  
si me obedeces, el secreto del ámbar,  
tus sistemas, canales, regadíos? Si  
dejo coronada de plumas tu cabeza, si  
los pactos ratifico, ¿no caerás  
en rebeldía, jefe amigo sin retórica,  
jefe vivo por tu falta de orgullo?"

Y esa vez no hubo entre mis dedos  
más olor a sangre que el de la sal  
y la lujuria. Porque traíamos doncellas  
destinadas a interponer su sexo  
entre la furia de dios y nuestra  
risa, su sexo entre el mes árido  
y las aguas. Y trajimos, para  
el Inca, nativas piernas niñas,  
hasta anoche salpicadas solamente  
de orina y de presagios...

Sí: yo hice esas batallas, yo fui  
el verdadero recolector de territorios.  
Cuando los sacerdotes descifran las anotaciones  
y en su lengua se vuelve oral el nudo,  
han de encontrar mi nombre  
confundido con el nombre de doscientos  
mil.  
Ese era mi apellido.

-/V-

Nada nos pertenece sino a última  
hora, a último turno de alimento  
y sueño: la luz, la vida de otro,  
la piña que del sediento se defiende  
con sus propias espadas, la tierra  
y el terrón de las reparticiones:  
oh amuletos de ciudad extraña, reservados  
al Padre, oh senos de cautiva.

Nadie respeta mi soledad sin cauce  
ni mi llanto que va contra los Estatutos:  
oh los edictos para la felicidad,  
"porque teneis la obligación  
de reír, supersticiosos  
llenos de presagios". Oh las leyes  
para el comercio de animales y la compra  
de lluvia: mas la hembra, leve  
con su perfume de vicuña,  
no era muerta ni aun en sacrificio.

¿Tú me llamas,  
tú hiciste las disposiciones, tú  
me cubres la espalda con amonestaciones  
y sometimiento?  
Horas de vejez  
urgente, carcomido aliento, cuentas  
de sudor -tributo de fatiga- fueron  
al manto imperial, hicieron las sagradas  
edificaciones o gárgolas del llanto,  
mantuvieron al soldado y su mujer  
que duerme entre dos lanzas.  
Recolectores  
de amargo afrodisiaco, enamorados  
que viajan en su torno, prófugos  
del licor, ay constructores: el perro  
no ha ladrado nunca, la muchacha  
vertió la lluvia de su cántaro intacto,  
y no suceden aún las predicciones.

Sostenemos a tu familia palatina, amamos  
a tus doncellas que olvidaron  
al mudable varón y la posada.  
Cada mano dio su cuota de sal  
a las ocupaciones y en el maíz  
quedó la digital del ciego: él no ve,  
no sabe cuándo tiene sueño, no  
pregunta: pero sus palmas cuentan  
el ajeno tesoro manoseado, presienten  
la riqueza y el castigo, como a una  
mujer que adivinara desvestirse.  
"Echa a la adúltera acogida brevemente  
a tus umbrales, no la dejes  
buscar su sobresalto, no toques  
su ácida piel entre agujones".

Señor, lector de oráculos terrestres,  
Señor que entre los hígados adviertes  
sucesos que me incumben: aquí está  
mi animal, mi luna opaca: dignate  
recibirlo. Dignate, agorero, experto  
en tumbas y botánica, aceptar mis adornos,  
aliméntate con mi mano y mi familia,  
para que un día llenes de aromas  
mi vacío: los intersticios por donde  
ha de querer la muerte entrar hasta mi fondo.

Escuché los edictos y apagué la candela.  
"¡Desterrad presas e incubos!  
Yo,  
en mitad de la plaza de septiembre,  
os adjudicaré maridos: fuego  
para todo el año. Entonces, oh  
ayunados, yaced en fiebre, con furor  
nupcial, agradecidos y ásperos.  
Y cuando os diga que terminó mi almuerzo,  
cuando hayais recolectado en aposentos  
de prudencia el último resplandor  
del cereal, ¡masticad vosotros!  
¡Comed, también, barbilampiños!"

-IX-

"Señora, a tu ciudad, a tu terrible  
tribu sacrificada en el altar del agua,  
a tus capitanes y aretes imperiales  
vengo, llego a tus pechos después de tantos  
años de mujer y destrozo.  
Dame tus armas,

término del combate, entrégame tu verdadera voz, la zona de tu sexo no anexada aún a mi territorio. Ahorca mi cintura, sostén mis hombros con tus mojados brazos, déjame besar tus pies y tu memoria en donde viven alas genitales.

Yo te contaré la historia del origen lacustre. Tú me hablarás de estirpes provenientes de pájaros. Te ofrezco cuanto tengo: las cuatro partes del mundo, y regalos de sal y plantaciones de oro y esmeraldas. Pero dame la paz: tu cama, tus aceites, tu leche de heroína, tus delirantes súbditos.

Vicioso de mujer nueva, vicioso de crecientes posesiones, aquí estatuyo ahora capital y descendencia, aquí pongo el corazón, el lugar a donde convergen como venas los caminos, como ríos de luz y pelo los hombres cargados de tributos.

Dame tu cuerpo a tientas, tu provincia vigilante. Muerte, hembra de altura, estos esponsales que te traigo, esta tregua vital después de tanta muerte".